

EL CASCABEL

PERIÓDICO POLÍTICO Y LITERARIO

Reparte á sus suscritores cada mes un cuaderno de una historia completa del año, titulada **COSAS DEL AÑO**, que forma un libro sumamente útil y curioso.

9 rs. tres meses; 16 seis, y 30 año en Madrid.

10 rs. trimestre; 18 seis meses, y 34 año en provincias.

DIRECCION
Plaza de Matute, núm. 2.

NÚMERO SUELTO, DOS CUARTOS
EN TODA ESPAÑA

ADMINISTRACION
Plaza de Matute, núm. 2.

COSAS DEL DIA

Caballeros, el juéves á las nueve y media de la mañana partian de la Plaza de Matute tres ómnibus sospechosos, no por su condicion de ómnibus, sino porque los ocupaban hombres políticos, periodistas, diputados, ex-gobernadores y capitalistas; y cualquiera podria creer que tales personajes iban tan de mañana á perpetrar un pronunciamiento ó cosa así, acaso á apoderarse de D. Amadeo para obligarle á tomar la vuelta á su tierra... pero no era este el objeto de los expedicionarios, por más que entre ellos los hubiera que de buena gana... En fin: aquellos caballeros iban al Pardo, no á cazar, como acostumbra el más serrano del os Serranos, ni á comer bellotas, que no son tan radicales como para eso: iban solamente á ver á los pobres.

Ustedes saben que, siendo gobernador D. Juan Moreno Benitez, una persona muy apreciable, por su iniciativa se fundó en el Pardo un Asilo para los pobres mendigos de Madrid, á fin de extirpar en esta córte la mendicidad. Consiguióse en aquella época el objeto; los mendigos desaparecieron de Madrid, y el Sr. Moreno Benitez logró, á fuerza de actividad y entereza, reunir hasta mil acogidos en el Asilo, y promoviendo una suscripcion, arbitrando todo género de recursos, los pobres hallaron allí buena casa, buen lecho, buena comida, aseo, asistencia, todo aquello de que carecian en la triste y arrastrada vida del pordiosero.

Indudablemente, el Sr. Moreno Benitez hizo un gran servicio á Madrid, pero lo que sucede siempre aquí, cesó dicho señor en el cargo de gobernador, y ya no se miró con interes la cuestion de la mendicidad, y volvieron los pobres á la vida de vagancia, y los avezados á esta vida huyeron del Asilo, y de los mil que habia, han quedado ménos de cuatrocientos, y la suscripcion empezó á disminuir, hasta el punto de que hoy apenas se recauda para el sostenimiento del Asilo.

El Sr. Moreno Benitez ha querido, en vista de todo esto, que el Asilo se vea, que la prensa y varias personas distinguidas lo conozcan, para que comprendan que si existe la mendicidad en Madrid, es porque no se hace nada para

remediar este mal. El Asilo del Pardo es magnífico por sus condiciones de localidad y salubridad. Está perfectamente montado y servido, y corresponde en todo al noble objeto de su fundador. Los pobres están allí bien tratados, comen tan buen pan como se come en Madrid, y el rancho es abundantísimo y bien condimentado. Allí hay escuela para los niños, otra para las niñas, talleres de herrería, zapatería, carpintería y sastrería, capilla, enfermería, todo lo preciso; en fin, hay hasta habitaciones separadas para familias. De unos cuarteles sucios, abandonados, inhabitables se han hecho anchos edificios con salones hermosos, llenos de luz y de alegría, limpios, inmejorables.

El Asilo del Pardo es un gran alivio para la desgracia, y no tiene disculpa el pobre que se niega á estar allí, bien cuidado y bien asistido en todo, y tratado con amor y caridad, ni tampoco la tiene la autoridad que, sabiendo que existe cerca de Madrid un establecimiento de tales condiciones, tolera la mendicidad en las calles.

Despues de haber visitado el Asilo del Pardo, no puedo ménos de recomendar al público que acuda á suscribirse para su sostenimiento: desde un real hasta lo que se quiera se puede dar cada mes, y contribuir así á alejar de las calles el espectáculo tristísimo de la mendicidad.

Es cuestion de decoro para los vecinos de Madrid que ese establecimiento se sostenga y adquiera toda la importancia que está llamado á influir, sobre todo en la educacion y el porvenir de los pobres niños que, abandonados en Madrid, para nada bueno pueden servir. Allí se les enseña á leer, escribir y contar; se les da instruccion católica, se les dan hábitos de estudio y trabajo. La pasion política, que aquí lo empequeñece y lo destruye todo, habrá contribuido tambien acaso á la decadencia del Asilo; á mí me tiene sin cuidado que sea progresista su fundador; ha hecho una cosa buena, le aplaudo de todas veras y le felicito, y él se queda progresista y yo todo lo más contrario á progresista.

Acuda, pues, el público á suscribirse para el Asilo del Pardo; continúe la autoridad la buena obra del Sr. Moreno Benitez, dictando las convenientes disposiciones para que los mendigos sean recogidos, no con malos modos, sino con

amor y caridad, para llevarlos allá, y el Asilo del Pardo llegará á ser uno de los mejores de Europa, é indudablemente producirá los resultados para que fué establecido.

En fin, señores, hay que sostener á toda costa aquel Asilo, siquiera porque es el único recurso que nos queda á los que no somos radicales, si este gobierno continuara mucho tiempo, que no continuará.



Me he extendido mucho hablando del Asilo del Pardo, y sólo me queda espacio para llamar la atención de los lectores sobre la carta de mi amigo Sepúlveda acerca de las fiestas del Pilar de Zaragoza, y sobre la *Visita á los desterrados*, que me escribe desde Barcelona una persona distinguidísima por su ilustración y los grandes servicios que ha prestado al país, y cuyo nombre revelaría de buena gana, á no haberlo ocultado el autor de la carta por un exquisito sentimiento de delicadeza.

UNA PESADILLA.

Hace pocas noches tuve la inadvertencia de leer, uno tras otro, todos los periódicos políticos que se publican en Madrid. Al mediar la lectura de *La Correspondencia* me rindió el sueño, y no siéndome posible dominarlo, hube de buscar un descanso á mi cabeza en los mismos periódicos que llenaban la mesa de mi despacho.

La agitación de mis ideas no desapareció por eso: había delinquido leyendo complacientemente medio centenar de periódicos, y sufrí el castigo de mi culpa: tuve una pesadilla, que rechazaba el diminutivo.

En un principio se ofreció á mi vista el espectáculo de un pueblo que vitoreaba á varios generales con entusiasta ardor. Una bandera, desplegada al viento, lucía diferentes inscripciones. *España con honra*, decía una de ellas, y el pueblo repetía á aquel grito con frenesí.

Viva la soberanía del pueblo, decía otro de los lemas; y las clases populares, inocentes é inconscientes, bendecían á los hombres que les halagaban y les hacían fiestas.

Abajo los consumos, era la tercera inscripción; y los menestrales saltaban de júbilo, soñando en una era de abundancia, ó al menos de bienestar.

No más tributo de sangre: abajo las quintas, decía otra de las inscripciones; y las madres lloraban de alegría, creyendo asegurada para siempre la posesión de sus hijos.

No más inmoralidades, añadía otro lema; y los hombres de buena fe, para quienes aquellos generales no habían sido nunca muy simpáticos, empezaban á acusarse por la ligereza de sus juicios, y aplaudían interiormente á los que tan valerosamente se habían levantado en favor de la moralidad.

Economías, decía otra de las inscripciones; y los contribuyentes saludaban aquellas promesas risueñas con íntima satisfacción.

Numerosos arcos de triunfo solemnizaban aquel acontecimiento; millares de banderas, banderolas y banderitas adornaban los balcones; en todos los comercios se veían

retratos de los generales libertadores, y la industria liberal contribuía á la propaganda de sus semblantes por medio de los pañuelos y las cajas de fósforos. El pueblo madrileño se dedicaba á la pirotécnica, disparando sus fusiles al aire, sin otro resultado que causarse heridas más ó menos graves los mismos que los disparaban, y el himno de Riego nos adormecía por las noches y nos despertaba desde antes de amanecer.

Pero apenas me había fijado en aquel lisonjero cuadro, cuando empezó la verdadera pesadilla.

El teatro representaba un cementerio. Millares de cadáveres *lo recorrían*, iluminándolo con su luz fosforescente y fantástica; esperando sin duda la resurrección de la carne, estaban todos en los huesos. El primer patio del cementerio se encontraba cuajado de uniformes militares: sin duda habían sido la mortaja de millares de pobres quintos, arrancados de su hogar para defender las ambiciones de algunos insensatos, y hasta los delitos de otros.

En el segundo patio se veían numerosos gorros frigos, símbolo convencional de la república: los cadáveres eran también en gran número, y sobre las losas sepulcrales se leían los nombres de Cádiz, Málaga, Jerez, Alicante, Barcelona, Béjar, Ferrol y otros muchos que no me era posible descifrar. Las fechas que les acompañaban eran también varias, aunque posteriores todas á 1868. En vano busqué un nombre conocido ó célebre entre aquellas sepulturas: sin duda encerraban los cadáveres de los desgraciados hijos del pueblo, que habían dado su existencia seducidos por falaces promesas. Aquellos cadáveres formaban acaso el pedestal de la grandeza de algunos vivos.

En el tercer patio sólo se veían boinas de diferentes calibres: algunas denotaban que habían pertenecido á los cabecillas facciosos, defensores de la causa del absolutismo. Aquellos cadáveres no se movían, cansados sin duda de sus continuas carreras por Navarra y las Provincias Vascongadas, Valencia y Cataluña; pero es indudable que si el sepulturero hubiera tenido el capricho de dar un viva á Carlos VII, todos los difuntos se hubieran alzado como movidos por un resorte, creyendo sin duda llegado el día del juicio ó el de la coronación de D. Carlos, que para el caso es lo mismo.

En el cuarto y último patio trabajaban varias cuadrillas de enterradores en abrir nuevas fosas: preguntéles el motivo de aquel ardor, y me contestaron que aquel patio era el consagrado á las víctimas del sufragio universal, y que su precipitación por abrir nuevas sepulturas reconocía por causa la creencia de que no podía tardarse mucho tiempo sin convocar nuevamente á los comicios. También supe con asombro que algunos de los muertos de aquel patio acostumbraban á resucitar, y eran los que en el lenguaje político se conocían por *Lázaros*.

No me atreví á sumar el número de difuntos que existía en aquel cementerio; pues aunque de reciente construcción, se encontraba literalmente atestado. Cerré, por el contrario, los ojos, para no ver aquel lugar espantoso, y corrí sin rumbo fijo por llanuras y montañas, ciudades y aldeas. La velocidad de mi carrera no me impidió escuchar que en todas partes funcionaban máquinas destructoras: en los campos, la rebelión; en las poblaciones, el motín.

¿Y es esta, me pregunté, la paz y la bienandanza que nos trajeron los generales libertadores?

Y como si contestasen á mi pregunta, empezaron á desfilarse por delante de mí innumerables camillas, conduciendo á los desgraciados que habian tomado parte en varias manifestaciones pacíficas; seguian despues cuarenta ó cincuenta furgones con cargamentos de nuevos títulos de la Deuda; la caja del Tesoro conducida por dos muchachos, y dentro de la cual tejia su tela una laboriosa araña; una interminable procesion de cruzados, capaces no sólo de tomar la Tierra Santa, sino tambien de traérsela á España; contrabandistas, presidiarios, usureros, ladrones jubilados en buenas carnes, maestros de escuela en los huesos, empleados de correos, filibusteros, falsificadores y otras notabilidades contemporáneas; varios borricos cargados con capachos llenos de proyectos de leyes democráticas, y un innumerable séquito de arrepentidos, que pagaban consumos, sufrían arbitrariedades, presenciaban inmeralidades y entraban en quintas.

Detras de todos, suelto el cabello, rasgada la severa túnica, cuajados de llanto los ojos y de rubor el semblante, se veía á una miserable y enflaquecida matrona, que un día dominó el mundo y hoy desfallecía por los malos tratamientos de sus hijos. Seguía un escuálido leon, que lanzaba dolorosos rugidos, á causa de los latigazos que le daban rufianes políticos y plebeyos endiosados.

Aquel espectáculo me oprimía el corazón: la pesadilla iba siendo algo más que pesada. Por fortuna mia, cambiaron de rumbo mis ideas, y al despertar de mi sueño, respiré con mayor tranquilidad. Miré inconscientemente los periódicos que tenia sobre mi mesa y tropecé en uno de ellos con varios versos del último drama de García Gutierrez; los que pone en boca de Sancha cuando refiere los peligros que ha pasado por salvar al niño príncipe de las iras de sus adversarios.

García Gutierrez es un gran poeta: sabe herir profundamente el corazón del pueblo, presentándole los peligros y las desventuras de aquel niño, que con el tiempo debía llamarse D. Alfonso VII el Emperador.

CARTA DE ZARAGOZA

20 Octubre 1872.

Sr. D. Carlos Frontaura.

Mi querido amigo: Ayer terminaron los magníficos regocijos con que esta ciudad siempre heroica ha celebrado la festividad de la Virgen del Pilar y el hecho notable de la consagración del suntuoso é imponente templo á *Ella* dedicado.

Suceso grandioso, solemnidad religiosa ha sido esta que dejará indudablemente memoria imperecedera en el mundo cristiano y en la historia de la Iglesia Católica.

Diez dias consecutivos se han destinado á las funciones sagradas y profanas, y el templo, vastísimo recinto que puede contener miles de miles de personas, no se ha visto un momento desalojado. A él han venido, guiados por la fe y el amor á la Virgen, millares de aragoneses, centenares

de forasteros, muchos extranjeros, unos atraídos por la fama de las nuevas obras con que se ha embellecido la inimitable catedral, otros por el incentivo de la fiesta, pero todos en primer término,—lo repito seguro de no equivocarme,—por la devoción que tienen los verdaderos creyentes á la milagrosa imagen de la Santísima Virgen, *Pilar* inquebrantable del catolicismo, donde se estrellan y se estrellarán siempre los vanos esfuerzos de los impíos y las insensatas afirmaciones de los ateos.

Bien quisiera, amigo Frontaura, poder encontrar palabras con que describir la grandeza del asunto tal como se merece, las maravillas del templo, la fe indomable de los aragoneses, las glorias de la Virgen, y las brillantes páginas de la historia de *Salduba*, siempre inspiradas en el *Pilar* sacrosanto, que en tantas ocasiones condujo á la victoria á sus moradores. Pero al entrar en esta grandiosa catedral, donde el arte y la riqueza han desplegado todos sus esplendores; al discurrir por estas naves altísimas que parecen perderse en el cielo; al contemplar el consolador espectáculo que ofrece un pueblo entero prosternado ante la imagen de Nuestra Señora, á quien implora con verdadera unción evangélica...; cuando se admira tanta veneración y tanto amor; cuando se considera que todas estas maravillas se han consagrado á la Virgen sin más apoyo que el de la fe de los aragoneses, no se puede hacer otra cosa que sentir con ellos, inspirado en el mismo sentimiento, y no se hallan frases que sepan traducirlo dignamente. No ha muerto el catolicismo en el corazón de los pueblos, como dijo en cierta ocasión un diputado republicano. Si en algunos ha podido amortiguarse la llama de la fe, mientras exista el *Pilar* de la Virgen, existirá un pueblo creyente que llevará á los demás la vida que les falta, porque si la inmortal Zaragoza, donde me cabe la honra de haber nacido, fué la primera que en el mundo alzó un templo á la Madre de Dios, ella volverá á extender el catolicismo, como lo hizo en los primeros tiempos, y le hará renacer donde parezca haberse extinguido.

Yo desearía que los modernos escépticos, esos que lo son por seguir la moda las más de las veces, hubieran visto, como yo, á compañeros suyos, personas atormentadas por la carcoma del ateísmo, humillar su frente ante la imagen de la Virgen y buscar en la Santa Capilla el consuelo que les niegan sus desdichadas ideas. Los que levantan un trono á la razón y se rien de la fe, no comprenden que, por más esfuerzos que se hagan, llegará día en que han de reconocer que la fe está conforme con la razón. La diosa Razon carece de vida, es una estatua de mármol; la fe es el alma que le falta, y á esta afirmación vendrán á parar tarde ó temprano todas las modernas escuelas.

Conmovedor es el espectáculo que continuamente ofrece la Santa Capilla. No ya durante estos dias en que la fiesta religiosa ha reunido numerosos fieles bajo sus bóvedas, sino todos los dias del año, se ve siempre visitada por todas las clases de la sociedad. Allí el grande y el plebeyo, allí el joven y el anciano, allí tambien el republicano más rojo y el neo más exagerado, todos acuden á orar un momento ante la imagen de la Virgen, á quien nunca se pide en vano en las tribulaciones de la vida. El pobre soldado que ha de entrar en campaña, el que vuelve de una acción donde ha

corrido la sangre de sus hermanos, el que trata de emprender una obra meritoria, la esposa que llora la ausencia de su esposo ó de sus hijos, el hijo que ha perdido á sus padres, el que ha de hacer un largo viaje, todos hallan la esperanza que necesitan y el consuelo que buscan en la plegaria que dirigen á la Virgen del Pilar. Las madres llevan á sus hijos recién nacidos á adorar el Pilar de la Virgen, y ella es también el último pensamiento de los moribundos.

Quizá por esta fe, siempre viva en el corazón de los aragoneses, son estos valientes, esforzados, honrados y trabajadores. Mantenido en el culto de la Virgen, el aragones ha realizado en todas épocas grandes empresas y obtenido numerosas victorias que han valido á Zaragoza el dictado de *siempre heroica*.

Podrán las ideas modernas adular los sentimientos del pueblo; pero puedo asegurar que el aragones, valeroso como pocos y amante de su libertad é independencia, no olvidará nunca la fe de sus mayores, ni consentirá que se entibien ó se ataquen sus creencias. Habrá aragoneses que harán alarde de seguir la corriente del siglo y hasta de no creer en Dios, pero ni por un momento dudarán de la existencia de la Virgen, ni dejarán de rendirla culto, estando dispuestos á defender este sentimiento con su vida. El aragones, pues, será republicano, ¡cómo no si siempre ha luchado por su independencia! pero no por esto dejará de ser católico, y católico de veras, no como algunos neos que hacen de la religion escabel de sus ambiciones. Por esto digo que no ha muerto el catolicismo en el corazón de los pueblos, y que nada significan las ráfagas materialistas que aparentemente empañan su pureza.

El templo del Pilar parece ser el baluarte inexpugnable contra todos los ataques. Desde una humilde capilla que construyó el apóstol Santiago en los primeros días del cristianismo, ha venido engrandeciéndose con el transcurso de los siglos hasta que en el xvii el arquitecto Herrera le dió la forma y la belleza que hoy tiene, y en el xviii el célebre Rodríguez restauró y terminó algunas obras que quedaban sin concluir. Grandioso, imponente, se eleva ahora á orillas del Ebro, y eternamente ha de ostentarse en el mismo sitio, según las palabras que la tradición atribuye á la Virgen María. Así es en efecto: imperturbable ha visto sucederse unos á otros los siglos y generaciones; consagrado al culto católico continuó durante la dominación agarena; respetado fué de todos los invasores, y sin ir más lejos, de los franceses, que dejaron en otros edificios tristes huellas de su paso por Zaragoza. Ni el furor revolucionario, ni los estragos que tal vez estamos llamados á presenciar, si el estado actual de la Europa continúa, han de dejarse sentir en esa suntuosa catedral que inalterable permanece; y cuyos únicos cambios tienden á mejorarla y enriquecerla, como por la piedad de los fieles acaba de suceder este año, que se han inaugurado las notables obras llevadas á cabo.

No me detendré en enumerarlas, porque no sería posible hacerlo dentro de los límites de esta carta; á las descripciones que V. y sus lectores habrán visto en otros periódicos me refiero; pero sí debo dejar consignado que á los magníficos frescos de Goya y Bayeu que existían en algunas cúpulas, se han añadido, en otras, varios nuevos

y no menos notables de Unceta y Montañés; y que respecto á las obras de arquitectura, merecen ser citados los señores D. José de Yarza y D. Juan Antonio Atienza, dignos continuadores del arriba citado arquitecto D. Ventura Rodríguez, director de las obras del Pilar en el siglo xviii, de cuyo talento también conserva pruebas Madrid en la fachada mayor de San Isidro el Real y las fuentes del Prado.

Los detalles que hay que admirar son infinitos, y es preciso verlos para apreciarlos debidamente. Sin embargo de esto, y aunque en las obras concluidas se han invertido cerca de seis millones de reales, reunidos de donativos y de la venta en subasta pública de algunas alhajas de la Virgen, que se adquirieron por cantidades muy superiores á las en que estaban tasadas, todavía falta terminar algunas torres y mejorar las fachadas del templo, que aunque muy buenas, no corresponden á la magnificencia del interior. Las obras continuarán, pero lo principal está hecho, y yo recomiendo á V., amigo Frontaura, que no deje de visitar este portento del arte, sin rival en su género en España y aún en Europa.

La catedral, como destinada al culto de la Virgen, tiene la forma de capilla, es rectangular, y su estilo grecorromano. Nada hay en ella del gusto gótico, que parece ser el patron de todas las catedrales que conocemos, como la de *La Seo* de esta ciudad; pero á pesar de esto, y quizá por esto mismo, es más imponente y más grandiosa que las demas.

Y dispense V., amigo mio, que en lo relativo al templo y á la Virgen del Pilar me haya detenido tanto; pero este ha sido el objeto de las fiestas celebradas en Zaragoza, y como las fiestas son lo mismo en todas partes, natural es que consagre preferentemente mi atención á la Santa Virgen que eligió á Zaragoza para su culto, y al templo que en honor suyo se ha levantado.

Las fiestas religiosas se han celebrado durante los diez días dispuestos, y han acudido á la consagración muchos arzobispos y obispos, dos cardenales y el auxiliar de Madrid, que han recibido del pueblo repetidas pruebas de cariño y de respeto.

Respecto á las fiestas profanas ó regocijos públicos, han excedido á toda ponderación. Cuanto pueda imaginarse en materia de festejos ha tenido lugar aquí. Empezando por los tradicionales *cabezudos* y *gigantones* que recorren las calles para entretenimiento de los muchachos, y concluyendo con una numerosa cabalgata representando la entrada en Valencia de *D. Jaime el Conquistador* el 28 de Setiembre de 1238, en la cual se ha desplegado un lujo inusitado, de todo hemos tenido, hasta con exceso. Fuegos artificiales con profusión, bailes públicos, grandes iluminaciones espontáneas (no ha quedado ni un solo balcon sin iluminar), una cabalgata cómica titulada *La boda en la aldea*, de muy buen efecto, cuadros disolventes en la calle, músicas en varios puntos de la ciudad, grandes arcos de follaje é infinidad de luces de colores, cucañas, corridas de toros, certámenes poético en honor á la Virgen, comida á los pobres, y un magnífico baile en los elegantes salones del Casino. Le digo á V. que no quedaba tiempo para respirar.

Añádase á esto la animación que ha ofrecido la calle del Coso, donde están las ferias, los espectáculos ambulantes,

omo las hermanas fenomenales, los monos sabios, las focas y peces domesticados, figuras de cera, panoramas y polioramas con regalo, función de verso en el *Teatro principal* por una buena compañía que dirige el distinguido actor José Mata, de magia en *Novedades*, de zarzuela en *Lope de Vega*, y otros mil recreos callejeros, y se comprenderá cuán grande ha debido ser la algazara, y el bullicio, y la alegría.

Más de sesenta mil forasteros han acudido á Zaragoza durante las fiestas, y las calles se han visto atestadas de gente hasta las altas horas de la noche, costumbre que no tienen los naturales del país, puesto que á las diez ó diez media ya casi nadie suele transitar por la ciudad.

Zaragoza ha mejorado mucho de algun tiempo á esta parte, y entre otras mejoras debe citarse la calle nueva ó de *Alfonso I*, que desde el *Coso* va á concluir en la plaza llamada del Pilar, por estar allí edificado el templo de la Virgen. Esta calle es muy espaciosa, y sus casas de construcción moderna muy elegantes, lo mismo que los infinitos comercios que hay á un lado y á otro. Durante las noches de las fiestas, en todos los balcones de esta calle lucían faroles de cristales encarnados, que producían muy buen efecto. También ha mejorado el salón de Santa Engracia, que ántes estaba cerrado por una gran puerta de piedra, que ha desaparecido, haciendo mayor la extensión del paseo, el cual, unido á la *Glorieta* (otro salón contiguo), va á terminar á orillas del río Huerva, del que está separado por una preciosa verja de hierro.

Otras mejoras pueden hacerse, y se harán á no dudarlo, y entónces Zaragoza será una de las más importantes ciudades de España.

Concluyo, amigo Frontaura, con una observación que habla muy alto en favor de Zaragoza. A pesar de la animación de estos días y de los excesos naturales en toda fiesta popular, no se ha dado el caso del menor disturbio. Ni una riña, ni un robo, nada absolutamente registra la policía. En esto, y no en los alardes de ateísmo y atentados socialistas, consiste la verdadera civilización.

No ha quedado ni un cuarto por alquilar, ni un puesto vacío en las mesas de las fondas. Dos de primer orden tiene Zaragoza que pueden colocarse al nivel de las mejores de Madrid: la de *Zoppetti* y la de *Fortis*: en la primera he estado hospedado, y no merece más que elogios el esmerado servicio y las muchas comodidades que en ella se disfrutan.

Zaragoza ha ganado mucho en el concepto de los forasteros, y estoy seguro de que sus fiestas anuales serán por cada año las más populares y concurridas de España.

Conque, adios, amigo Frontaura; mañana regresaré á la villa y córte, y hasta nuestra vista se repite de V. afectísimo amigo

RICARDO SEPÚLVEDA.

VISITA A LOS DESTERRADOS

Barcelona 20 de Octubre de 1872.

Sr. Director de EL CASCABEL.

Mi querido amigo: Acaba V. de contestar muy atinadamente á una carta en que le piden explicación de sus tendencias alfonsinas, y dando muy sólidas é incontestables razones, dice V., en *letras grandes*, que esa solución es LA QUE DEBEN QUERER LOS QUE NO SE METEN EN POLÍTICA. El número de los aludidos es la mayoría de los españoles, y como yo soy uno de ellos, permítame V. que le felicite por su actitud y le dedique unos renglones.

Siguiendo la costumbre de los tiempos actuales, echaré el yo por delante. Dispense V. si uso de tal frase.

Pertenezco al número de los que jamás se acercan á los poderosos, de los que viven contentos en su casa y no aspiran á otras ventajas que las nacidas del trabajo y del estudio. Solamente arrancado con violencia, conducido por la fuerza y custodiado, sin perderme de vista, podrían hacerme tomar asiento en uno de estos Congresos abortados por el sufragio universal. Una cartera ministerial sólo la aceptaría si con ella me asegurasen la excepción vitalicia de todo reuma, dolor de muelas y demás dolencias. Las demás gangas de gobiernos, direcciones, altos cargos, títulos, cruces y bandas, no me seducen, y no hallo collar preferible á una buena bufanda en las épocas de frío. Me tengo, pues, por inútil para las aspiraciones políticas personales, y por ende incorruptible. Sólo en los casos en que veo peligrar los intereses del trabajo y de la industria de mi país acepto, sin sueldo, una comisión pública, como sucedió hace dos años, cuando la producción nacional se hallaba seriamente amenazada por los tratados de comercio. Ahí tienen los lectores de estas líneas como prefacio el retrato de la persona que V. conoce perfectamente; y vamos al asunto.

Hace pocos días me hallaba en París, después de pasar el verano visitando el túnel de los Alpes; el atrevido ferrocarril del Rigi; los hielos del Oberland; la Alsacia y Lorena; la plaza de Metz; los campos de batalla de la última guerra; y, por último, el celebrado *Acquarium* de Brighton. Item más: revolviendo libros antiguos en varias bibliotecas, desde la de Turin á la del Museo Británico de Londres, pasando por Suiza, Alemania y Bélgica. Y entre paréntesis, diré á V., y puede publicarlo muy alto, que en esos tres países no he hallado nada, en su género, que supere á la Revista *Los Niños* que está V. publicando, acaso con más constancia y sacrificios que fortuna.

En París se me presentaba la ocasión de hacer una visita mucho más interesante para cualquiera español que cuanto había ya recorrido; una visita al príncipe Alfonso. ¿Serían verdad los elogios que se hacían de su discreción? ¿No tendrían parte la pasión política y la gratitud en los encomios que había leído de su aventajada aplicación? Tengo la desgracia de no fiarme generalmente en las apreciaciones de los demás, cuando puedo juzgar por mí mismo.

El alejamiento en que hoy vive esa ilustre familia; la simpatía de que es digna por su inmerecida desgracia, y

sobre todo, la seguridad de que mi homenaje no podía ser mal interpretado, encaminó mis pasos al palacio, núm. 19 de la Avenida del rey de Roma, donde había sido previamente anunciado. Cualquiera de los sitios reales de las inmediaciones de Madrid tiene un palacio más extenso que el que habita doña Isabel II en París. Sin embargo, en ninguno se hallará mayor sencillez unida á más exquisito gusto en sus menores detalles. Es la morada más digna y apropiada para reducirse y acomodarse á la vida de familia la que ha nacido y vivido en la inmensidad del alcázar de Madrid. La actual residencia de la reina inspira más cariño y aún más respeto.

El señor marqués de Alcañices se sirvió presentarme al Príncipe, que salió á recibirme á su antesala. Me presentó su mano, estrechó la mía, y atravesando un salon, penetramos solos en su cuarto de estudio, acercándome una silla junto á la mesa, que se hallaba ordenadamente llena de libros. No le había visto desde Lisboa. Entónces era un niño. Hoy es un jóven esbelto, casi un mayor de edad por su aspecto y aplomo. Yo no sé lo que sería si no hubiese salido de Madrid, pero de seguro, física é intelectualmente, se hallaría muy léjos de lo que es hoy. Sus maneras son nobles; su fisonomía inteligente y despejada; sus miradas y conversacion revelan natural talento; sus preguntas son medidas, pensadas y oportunas; sus contestaciones atinadas. Los que conozcan al ejército austriaco; la finura y elegancia de su oficialidad; su porte, en general, me comprenderán al decirles que el príncipe Alfonso, sin su color y fisonomía española, parece nacido en Viena. Principió nuestra conversacion, como era natural, por sus estudios.

—Los adelantos de V. A. y su aplicacion le captan muchas simpatías, le dije.

—Cumpló con ello mi deber de hoy, me contestó; y me es fácil, porque mis compañeros hacen otro tanto. Al principio me costaba más trabajo, pero ya puedo adelantar más, por conocer el idioma alemán.

—¿Qué más idiomas entiende V. A.?

—El latín, el francés, el griego, el italiano y el portugués; despues emprenderé el inglés.

Los libros que se hallaban sobre su mesa indicaban, en efecto, que, aún hallándose en vacaciones, sus profesores le hacian continuar sus estudios. A los pocos minutos nos hallábamos en perfecta inteligencia, aunque era la primera vez que nos hablábamos. Recorrimos en nuestra conversacion autores, ejércitos, antigüedades romanas, artes y viajes. Me admiraba de los progresos que puede realizar, en una inteligencia feliz, una instruccion acertada.

—Cuando V. A. haya terminado sus estudios en Viena, le dije, se complaceria en visitar, con buenos profesores, la industriosa Inglaterra y estudiar su manera de ser y sus costumbres; los Estados-Unidos atravesarlos hasta la California; conocer luego lo que es el Japon, la China, nuestras Filipinas, la India, el Egipto; dar la vuelta al mundo, en una palabra.

Creo que nunca han sonado en los oidos de S. A. ideas que más le hayan halagado.

—Por mi deseo, me respondió haciendo ademan de le-

vantarse, ahora mismo; pero necesito, añadió con gran tino, la preparacion de los estudios actuales.

—Ya sé que V. A. dibuja, me permiti decirle. ¿Qué género le place más?

—El paisaje, me respondió.

—Tiene V. A. en Austria un archiduque muy aventajado en esa especialidad, muy instruido y digno de ser citado como ejemplo. España le deberá una grande obra geográfica, notable por ser de su lápiz y pincel las muchas y magníficas ilustraciones que contiene.

—¿Le conoce V.? me dijo con la alegría del que oye citar á un amigo.

—Tengo esa honra, le contesté.

—Es verdad, añadió; el archiduque Luis Salvador es muy bueno é inteligente: conozco sus obras magníficas, y me quiere y le quiero mucho.

—Me alegro entónces haber citado como digno de imitacion á un príncipe que aún no cuenta veinticinco años y puede ser presentado, como V. A. le cita, por modelo de saber y relevantes prendas.

Media hora tuvimos de conversacion, encantadora para mí, al cerciorarme de que era verdad tanta belleza, de que, en efecto, es positivo que el príncipe Alfonso tiene instruccion cual ningun jóven de su edad tendrá en España; salud, gallardía y talento. En resúmen, disposicion y amor al estudio.

Me levanté para despedirme.

—Quisiera pedir á V. un favor, me dijo. Tengo un álbum en que mis compañeros, y los que me aprecian, ponen, segun costumbre en Austria, su nombre.

—V. A. me favorece á mí con esa distincion.

Abrió el álbum, me presentó con mucha finura una pluma, y escribí algunos renglones, imitando á los que me precedian. Miétras lo realizaba, él seguía con la vista mi escrito, y al excusarme de la letra y de los conceptos, me animó con los más galantes é inmerecidos elogios. Era imposible pedir mayor distincion y amabilidad.

—¿Qué te ha parecido el príncipe? me dijo acto continuo su augusta madre.

Era, como he dicho, la primera vez de la vida que me dirigia la palabra.

—Señora, mi contestacion tiene que ser un poco larga, y no sé si será oportuna.

—Dí todo lo que quieras.

—He pasado largo rato con S. A. Hemos hablado mucho, y ya le conozco. Creo que la Providencia ha encaminado las cosas de manera que España tenga, para su porvenir, un príncipe más ilustrado que ninguno de sus antecesores. Su ilustracion y todas sus manifestaciones me han parecido perfectas: si es posible que pueda completar sus estudios con el aprovechamiento de hoy, acaso la historia reserve un gran nombre á V. M., más que por su reinado, por ser la madre de D. Alfonso.

—¿Dios te oiga! me contestó enternecida. Yo no puedo hacer más de lo que hago. ¡Vivir separada de él, queriéndole tanto, para que se forme, como debe ser, instruido y bueno!

En aquel instante entró el príncipe en el salon de su madre para darle un abrazo ántes de salir á paseo.

Afectada como estaba la reina, lo estrechó con enterneamiento, y cual si yo personificase á la nacion española, le dijo, repitiéndole mis palabras.

—Ya ves lo que dicen y esperan de tí.

Mi visita se hallaba cumplida, así como mi objeto. De seguro podré repetirla en el extranjero; pero no en el palacio de Madrid, donde la verdad de hoy podia parecer aduacion mañana.

Mis reflexiones al salir fueron tan extrañas como imposibles de revelacion sin el auxilio del tiempo.

¿Debemos bendecir la revolucion que de un príncipe al estilo antiguo está haciendo un jóven ilustrado?

¿Será posible que [los que conocen de cerca al príncipe Alfonso no le admiren y amen?

El arrojito que tiene hoy para ganar en la natacion á los mejores marineros, ¿es una señal de su audacia futura?

¿De dónde sacará España ministros y consejeros, si ese jóven completa su educacion y es más inteligente que cuantos le rodeen?

Ese ejército español, cuyos soldados valen tanto, ¿qué sería y haría con un príncipe que promete ser valiente, digno y entendido?...

¿A qué altura podia elevarse el crédito, la industria, los adelantos materiales y científicos de España regida por quien hubiese visto, estudiado y apreciado todas las naciones más espléndidas y adelantadas del mundo?

Hoy por hoy es D. Alfonso una esperanza, ¡y Dios haga que sea en lo futuro lazo de union para los españoles!

Como mi nombre podria aparecer como una pretension, diga V. que así lo crece

UN AMIGO.

CASCABELITOS

Un periódico republicano, que no transige con nadie, quiere que el pueblo, el día de la gorda, coja á los que componen el directorio republicano y los fusile, así por vía de entretenimiento.

No es cosa de cuidado lo que pide el suave colega. ¡Buen resultado les da á los del directorio la propaganda republicana que están haciendo tantos años!

¿Qué pensará el país de los radicales si rechazan ahora la acusacion contra los sagastinos, y de los sagastinos si no ponen empeño en que la acusacion se lleve adelante?...

Lo que debe pensar es que para todo esto que está pasando hace cuatro años, más valiera que no se hubiese hecho la revolucion, ni hubiese habido jamas radicales y sagastinos.

Dos horas de visita en casa de D. Amadeo estuvo Sagasta el otro día.

Paciencia se necesita para estar allí dos horas.

Se ha inaugurado el curso de 1872 á 73 en las escuelas que la Asociacion de católicos de la parroquia de San José sostiene en el barrio de Salamanca. El Sr. Pareja de Alarcon leyó un excelente discurso, cuyo pensamiento era demostrar que sin virtud no hay verdadera ciencia. Gran servicio presta al país la Asociacion de católicos [propagando y facilitando la buena y sólida educacion cristiana.

Cuando salió á relucir el negocio de los dos millones, los radicales alborotaron mucho, diciendo que habia que acusar á aquel gobierno, y condenarle y no sé si ahorcarle tambien.

Pero ahora que mandan, ya no quieren que se acuse al otro gobierno.

Y esto ya se sabe lo que quiere decir, que todos son peores, y el que más y el que menos teme que la cosa se enrede y salgan á relucir gatuperios.

¿No decian Vds. que la revolucion se hizo para establecer el reinado de la moralidad y la legalidad?

Rivero, el otro día, cuando iba á llevarle el mensaje á su rey, en la carroza de gala de las Córtes, parecia propiamente un bajá de diez y siete colas. Yo creí que era el emperador de [la China.

Poquito ha faltado, segun parece, para que se subleven en el arsenal de la Carraca.

Desde que tenemos la gloriosa encima, vivimos de milagro.

¡Vaya si cuesta trastornos, dinero y sangre la monarquía saboyana!

Auténtico:

El otro día le regalaron á un gran personaje radical, á quien todo el mundo conoce, una botella pequeña de Jerez, de 40 años; un néctar delicioso.

—¡Hombre! exclamó mirándola con *amore*, ¡qué pequeñita es para la edad que tiene!

La otra noche ví muy de cerca á D. Amadeo.

¿Saben Vds. que tiene cara de talento?...

Sí, señores; en aquella frente y en aquellos ojos se ve claramente el genio, la sabiduría.

Quedé admirado y pasmado.

Un radical decia el otro día á una novia que tiene:

—No te quiero.

—¿Por qué?

—Porque el pelo que tienes no es tuyo.

—Pues lo mismo te sucede á tí con el dinero que me das, y te quiero, sin embargo.

El radical quedó convencido.

Por falta de espacio hemos de dejar para el número próximo la continuacion de *El público en los teatros de Madrid*.

En Noviembre empezarán las *soirées* en Palacio.

Aristocracia haitiana, á comprar guantes, ó, mejor dicho, á lavar los viejos.

Yo prefiero ir á Capellanes.



El presidente de las Córtes habló la otra tarde en italiano.

Como que venia de ver á D. Amadeo, y entregarle el mensaje.

¿Y no les dió el señorito á los diputados un *orsequio*, pongo por caso, una copita y unos bizcochos?...



—Jesus, hijo, á ver si me das *argun* dinero *pa* *tiñirme* de amarillo el *vestío* verde, que ya dicen los *periódicos* que van á *escomenzar* las *riuniones* en Palacio, y tendremos que *dir*, digo, me parece á mí, siendo tú tan radical.

—Sí, mujer, sí; tendremos que ir.

—*Pús* ya ves que no está bien que una, siendo una lo que es, vaya á *dir* una hecha una facha, mejorando lo presente.



El Sr. D. Antonio María Segovia, uno de los más distinguidos y sabios escritores de nuestro país, ha publicado en un folleto sus excelentes artículos *Una esquila de un ateo*, y un discurso sobre el *Lujo*.

Por la profundidad y alta moralidad del pensamiento, por el estilo ameno y castizo, por el levantado espíritu católico del precioso libro del Sr. Segovia, creemos que el público agotará muy pronto la edición.

Libros como el del Sr. Segovia son de gran importancia y notoria utilidad en todos los tiempos, y sobre todo en lo actuales.

Véndese á cuatro reales en todas las librerías.



Con el presente número repartimos el cuaderno de *Cosas del año*.

En la semana entrante se pondrá á la venta el Almanaque de EL CASCABEL para 1873, con el santoral más completo que ningun otro almanaque, con artículos y poesías y gran número de caricaturas.

Costará cuatro reales; pero á todo el que se suscriba se le dará grátis.

Esto es ser más liberal que Ruiz Zorrilla.



Tambien ofrecemos á Vds. el *Almanaque de salon* para 1873, con el santoral completo, con el curioso Calendario de las ciencias, las letras y las artes, poesías, artículos y caricaturas.

Este Almanaque se regala á todos los suscritores de los *Cuentos de salon*, y á todos los que compren por lo ménos seis tomos de los mismos *Cuentos*.



Continúan los diputados en las Córtes pasando el tiempo en aclarar quiénes son peores.

Poco hay que escoger, á la verdad.

El mejor me parece á mí es el que no dice una palabra.

¡Y los presupuestos sin discutirse!

Y esta gente era la que nos iba á traer la legalidad.



En Palacio se han suprimido algunos empleos.

Se conoce que se quiere allí economía.

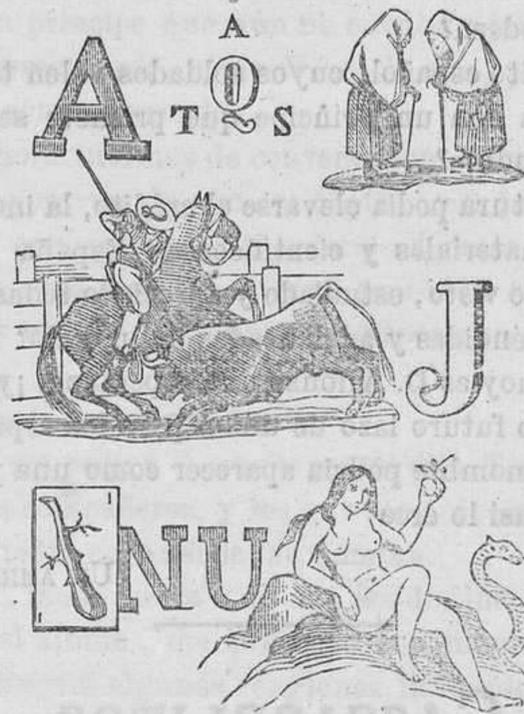
Pero no se hacen economías que aprovechen al país.



SOLUCION DEL JEROGLIFICO ANTERIOR.

Para el Dr. Gall era la frente la residencia del talento.

JEROGLIFICO.



(La solución en el número próximo.)

LOS NIÑOS

Preciosa publicación para la infancia y la juventud, ilustrada con magníficos grabados. Sale tres veces al mes. Su precio, 12 rs. trimestre, 22 semestre y 40 al año, en Madrid, y 15, 28 y 50 respectivamente en provincias. Se han publicado cinco magníficos tomos con unas 500 láminas: 24 reales en Madrid cada tomo, y 30 en provincias.

CUENTOS DE SALON

Se ha publicado el tomo noveno, que contiene la primera parte de la novela

EL HIJO DEL SACRISTAN

Por

D. CARLOS FRONTAURA

Un tomo de 23 pliegos. Cuatro reales en Madrid y cinco en provincias.

Administración, plaza de Matute, 2, donde se venden los ocho tomos anteriores de los *Cuentos*.

MADRID:—1872

IMPRENTA DE EL CASCABEL Y COSAS DEL AÑO

Calle del Cid, número 4 (Recoletos).